

EL SEGUNDO ANUNCIO Y... MÁS DIÁLOGO SOBRE CUESTIONES CATEQUÍSTICAS ACTUALES

Salvatore Currò¹
Enzo Biemmi

La lectura del libro del Hermano Enzo Biemmi, “Il secondo annuncio, La grazia di ricominciare”, Bologna, Dehoniane 2011, ha suscitado en mí una serie de reflexiones que he recogido en una recensión. Luego, presenté, el texto de mi recensión, al Hermano Enzo, de ahí surgió un diálogo que parte del libro pero que va más allá. A ambos nos ha parecido útil publicar dicho diálogo, podría dar lugar a nuevas intervenciones y contribuir así a mantener

1 Salvatore Currò es Religioso Josefino de Murialdo, es profesor de la Universidad Pontificia Lateranense, de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y del Instituto Teológico San Pietro de Viterbo.

Ha sido presidente de la Asociación Italiana de Catequetas (AICA) entre 2005 y 2013, y actualmente es miembro de la Comisión Teológica de la Unión de Superiores Generales (USG)

Enzo Biemmi es religioso. Pertenece a la congregación de Hermanos de la Sagrada Familia. Estudió catequética en el Instituto Católico de París (ISPC). Ex Presidente del Equipo Europeo de Catequesis. Tiene una amplia publicación de libros, algunos de los cuales han sido traducidos al español. El artículo original se encuentra: S. CURRÒ, E. BIEMMI, *Il secondo annuncio e... oltre. Dialogo su questioni catechetiche attuali*, «Catechesis» 81 (2011-2012) 5, 33-44.

vivo el intercambio sobre cuestiones catequísticas de gran actualidad. Los desafíos actuales exigen diálogo y confrontación.

Se exponen a continuación:

1. La presentación del libro (y el texto de la solapa de la tapa de dicho libro, que me ha parecido útil retomar, sobre todo para quien no haya leído el libro);
2. Mi recensión;
3. El diálogo, vía mail, entre el Hermano. Enzo y yo, que tuvo lugar entre el 26 de julio y el 30 de agosto del 2011 (reproducido conservando el tono y la espontaneidad que lo ha caracterizado).

Salvatore Currò

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

“*El primer anuncio* de la fe representa el alma de toda acción pastoral” (*Educare a la vita buona del Vangelo*, 40). El modo más eficaz para dar pasos en la dirección indicada por los obispos es poner en marcha prácticas pastorales de segundo anuncio. El “*segundo anuncio*”, en efecto, es la declinación concreta del “primer anuncio” en la situación de las parroquias italianas. Indica la propuesta del Evangelio a los bautizados, jóvenes y adultos, que, por diversos motivos, se han alejado de la comunidad eclesial y de la fe; propuesta de actuar especialmente en momentos específicos de la vida, aquellos cambios o situaciones antropológicas que pueden llegar a ser potenciales “umbrales de fe”.

El presente estudio pretende recoger ese desafío y ofrecer un marco de fondo para repensar la catequesis y la pastoral en una triple perspectiva:

- La acogida incondicional de las personas, con actitud de sincera simpatía;

- La oferta de la palabra buena del Evangelio, expresada a partir de la experiencia de vida de la gente;
- Con vistas a un reinicio de la fe ya no bajo el signo de la costumbre o del deber, sino de la libertad y de la gracia.

El libro está, de punta a punta, impregnado por la convicción de que este tiempo de “crisis” es un tiempo bueno. Tiempo colmado por la llamada del Espíritu a la Iglesia para un nuevo inicio: la gracia de recomenzar.

LA RECENSIÓN (Salvatore Currò)

El libro, (E. Biemmi, *Il secondo annuncio, La grazia di ricominciare*, Bologna, Dehoniane, 2011) recoge, de manera orgánica, reflexiva y razonada, algunas intuiciones y propuestas de pastoral catequística que giran en torno a la cuestión del *segundo anuncio*. Esa cuestión sirve de eje al discurso, pero la reflexión es más amplia, hay una cabal interpretación de la situación eclesial-pastoral actual y una precisa propuesta de camino pastoral y de renovación eclesial.

Porqué un segundo anuncio

El segundo anuncio se encuentra, pues, apoyado por las condiciones pastorales y eclesiales que lo justifican. El texto describe esas condiciones y, de ese modo, da cuenta de significativas experiencias realizadas durante estos años y asume algunas sensibilidades que ya se están abriendo camino en las comunidades eclesiales: se toma nota de la centralidad que va asumiendo el primer anuncio; se reconoce una relación estrecha entre primer (o segundo) anuncio y catequesis, entre catequesis e iniciación cristiana, entre iniciación cristiana y contexto social, entre familia y comunidad parroquial, entre renovación de la iniciación cristiana (en sentido catecumenal) y renovación eclesial; se señala también una íntima conexión entre las dinámicas de recíproca acogida, confianza y simpatía, y el ejercicio del acto generador de la fe por parte de la iglesia; así como entre una cuidadosa animación pastoral y el primado de la gracia.

Se trata pues, en esencia, de un anuncio (ya sea el primero o el segundo) basado en condiciones pastorales y eclesiales que hacen que pueda ser acogido como pertinente para la vida y como una gozosa noticia.

El tono es positivo, de esperanza, de invitación a vislumbrar las posibilidades positivas de acogida, que el Evangelio puede encontrar en nuestra sociedad.

Las cuestiones relativas al horizonte eclesial y pastoral del anuncio son, según mi parecer, mucho más interesantes que la cuestión terminológica relativa a la necesidad de hablar de segundo anuncio. El uso de la expresión *segundo anuncio* ayuda, en efecto, a evidenciar una situación pastoral peculiar: la de aquel que ya ha recibido un primer anuncio (ya ha tenido un primer impacto con la propuesta cristiana) pero que necesita un segundo. El segundo debe tener en cuenta el hecho de que ha existido un primer anuncio que puede haber dejado, con relación al Evangelio, el sentido de “ya sabido”, de algo acostumbrado, habitual, de indisponibilidad a dejarse sorprender. En cambio, el encuentro con el Evangelio necesita, según Biemmi, la *sorpresa*.

Encuentro con el Evangelio como *sorpresa*.

El registro de la sorpresa marcaría un giro respecto al de la pregunta o de la búsqueda: “La fe cristiana no es del tipo de la respuesta a preguntas que con frecuencia la gente no se plantea, ni del tipo de la búsqueda basada sobre las preguntas que las personas tendrían en su interior o que se trataría de suscitar, sino del de la *sorpresa* (p. 89). Es de esta importancia atribuida a la sorpresa de donde brota la necesidad de hablar de segundo anuncio. Explica Biemmi: “Debemos introducir en nuestro lenguaje eclesial la noción de *segundo anuncio*. De hecho, el problema principal de las parroquias italianas es doble: Por una parte, se trata de hacer que los creyentes (más o menos creyentes) vuelvan a reconocer la novedad profunda del Evangelio, a no darla por descontada, a regresar constantemente al “primer amor” al “primer estupor”. Por la otra, es necesario salir al encuentro de quien se ha alejado de la fe por diversas razones: por olvido, por descuido, por hostilidad, por desidia fisiológica, por experiencias negativas con la Iglesia y sus representantes, por influjo de otras culturas o religiones... (pp. 26-27).

¿Qué es, pues, el segundo anuncio? Prosigue Biemmi: “Por “segundo anuncio” podemos entender las propuestas que reavivan a la fe a personas que son cristianas por costumbre o que han tomado distancia con respecto a ella. Entender el primer anuncio como “segundo anuncio” hace salir de muchas ambigüedades y ayuda a abordar correctamente a las personas, sabiendo que no son una *tabula rasa*, sino que poseen una vivencia que ha de ser tomada en consideración, dejar que se exprese, reelaborarla” (p.37).

Algunos interrogantes.

No obstante, una cierta perplejidad se presenta, y también algunos interrogantes. Se tiene la impresión de que existe una idea un poco negativa sobre el primer anuncio y que se subestima el primer contacto, ya sea por incompleto o problemático, que tantos italianos han tenido con la propuesta cristiana. En otro pasaje, que se fija también en la diferencia entre el primer y el segundo anuncio, se afirma: “El compromiso del primer anuncio consiste en anunciarlo a quien no conoce el Evangelio. La tarea del segundo anuncio es hacer “sentirlo bueno” a quien lo encontró mal” (p.86). El impacto con la primera propuesta de la fe se ha visto, ciertamente, marcado por limitaciones (ya sea por la propuesta, o bien por las condiciones existenciales de los interlocutores), ha creado hábitos, incluso prejuicios; no obstante, no debe ser infravalorado. La posibilidad de asombrarse con respecto al Evangelio no se ve obstaculizada por la costumbre y por el impacto precedente, sino que más bien la hace posible. Que existan limitaciones en la interacción entre Evangelio, comunidad eclesial, experiencia de las personas, forma parte del juego; y eso vale también, entre otras cosas, para las experiencias del segundo anuncio. No hay que subestimar los límites de las personas, (nosotros cristianos, incluidos los anunciadores) vinculados a la superficialidad en la que vivimos, con la que nos situamos frente al Evangelio que es exigente para todos y que deja al desnudo, tantas veces, nuestras debilidades, nuestros temores y nuestros pecados.

Hay que tener bien presente que el encuentro con el Evangelio es para personas que lo asumen sinceramente, lo cual no debe darse por descontado. Ciertamente, Biemmi es consciente que nadie se presenta como *tabula rasa* frente al Evangelio y es necesario tener en cuenta las condiciones existenciales. “Nadie es *tabula rasa*. Los terrenos están ya abarrotados de prejuicios,

experiencias negativas, resistencias, alergias, temores. Antes de hacer aprender, se necesita un tiempo prolongado para ayudar a desaprender. Es el gran problema de las representaciones religiosas, que en muchas personas constituyen un obstáculo para la fe porque son portadoras de imágenes de Dios, de la Iglesia, de la moral... distorsionadas y perjudiciales” (p. 37). Pero, no se trata únicamente de imágenes distorsionadas; se trata de condiciones existenciales que implican actitudes vitales, una dimensión ética, aperturas o clausuras en las relaciones con el otro y con la gracia, que ciertamente están en conexión con imágenes que pueden no ser correctas. Más que cuestión de ayudar a desaprender, es cuestión de ayudar a las condiciones existenciales (de conversión) necesarias para una correcta comprensión del Evangelio; de ese modo, las imágenes que ya se tienen se van transformando y, en todo caso, más que obstáculo son punto de partida de un camino que necesariamente se halla en vías de progreso.

Además, habrá que reflexionar seriamente si basta con la capacidad de sorpresa para encontrarse con el Evangelio. Si bien la sorpresa, como también el sentido de la búsqueda, del plantearse interrogantes decisivos, juegan un gran papel, creo, no obstante, que el encuentro con el Evangelio se sitúa fundamentalmente sobre el plano de la disponibilidad a asumir sinceramente el reto; es un registro que tiene que ver con imágenes, anuncios, raciocinios, es decir con el orden de la comprensión, pero que se abre también a una dimensión que va más allá de la comprensión.

El horizonte de la comprensión correcta (entusiasta, sorprendente) del Evangelio y de las condiciones pastorales que acompañan la propuesta, no es suficiente; como tampoco basta la atención a las personas únicamente en la perspectiva de las imágenes y representaciones que poseen con respecto a la fe. A mi parecer, se hace necesaria una ampliación de horizontes. Al finalizar la lectura del libro, en efecto, se tiene una doble sensación: por una parte, que se han indicado algunas atenciones importantes y por otra, que algunas problemáticas de fondo, decisivas, no han sido abordadas. Es como si las pistas propuestas, aunque válidas, y con frecuencia compatibles, tuvieran necesidad de ser situadas dentro de un horizonte más amplio y más sólido, con relación al estrecho horizonte pastoral-catequístico. Propongo, a partir de algunas sugerencias del libro e incluso de las perplejidades señaladas, ampliar un poco el

horizonte eclesial-pastoral, al menos en tres direcciones: la de la formación, la de la confrontación con la cultura contemporánea y la relativa a la verdad.

La necesidad de la formación

La primera ampliación de horizonte va en la dirección de la *formación*. Al leer el libro se presentan, interrogantes formativos pero que se quedan sin resolver. Se hace hincapié sobre la gracia: “La comunidad cristiana se concentrará, pues, más sobre aquello que, por gracia, tiene para ofrecer que sobre las condiciones que las personas deben poseer” (p. 90). En consecuencia, se apuesta también sobre la libertad de las personas (“Caminamos hacia un tiempo en el cual las personas, justamente por estar inmersas en un pluralismo cultural y religioso, cada vez más elegirán si ser cristianas o no” (p. 19), y sobre la necesidad de liberar la pastoral eclesial de apremios y actitudes unilaterales.

- Para responder positivamente a la gracia

Con todo, la apertura a la gracia no debe darse tan por descontado como hace pensar la lectura del texto. Se da por descontado la gracia (esto sí) y está bien hacer hincapié sobre ella, así como también sobre la libertad de las personas; pero no debe darse por descontada la *apertura* a la gracia. Esa apertura de hecho debe ser acompañada. Pero, ¿cuál es el sentido y el modo de este acompañamiento? El texto insiste mucho sobre una relación de reciprocidad, pero no emerge suficientemente una dinámica formativa del acompañamiento. Se debe aclarar, además, la relación entre el crecimiento espiritual y el crecimiento humano, sin darlo por supuesto. En relación con esto, cabría preguntarse porqué tantos cristianos son *tristes* (como se afirma más de una vez). No basta con la llamada a no serlo.

- Para educar las actitudes

Además, y siempre en perspectiva formativa, ¿por qué los mecanismos de renovación eclesial se atascan? El texto insiste mucho sobre las actitudes; pone de relieve hasta qué punto son decisivas, pero sigue abierta la cuestión sobre cómo educar las actitudes. El libro no toca estos problemas; sería, por lo demás, difícil abordarlos todos, pero resultan débiles, también, las alusiones

a los mismos. Creo, igualmente, que influye también el hecho (apreciable) de querer situarse en una perspectiva positiva y de esperanza. Ello resulta particularmente importante hoy día, pero así mismo, es cierto que existe una fuerte necesidad de concreción y de verdad, y que las perspectivas demasiado irénicas corren el riesgo de conducir a desilusiones y a ulteriores frustraciones (ya sea para las personas que se acercan a la propuesta cristiana, o bien para los agentes de pastoral).

La relación con la cultura contemporánea

Una segunda línea de profundización hace referencia a *la relación con la cultura contemporánea*. En realidad, del texto parecería casi darse por supuesto el encuentro con el Evangelio por parte del hombre actual (incluido el cristiano triste llamado a descubrir el mismo Evangelio). A veces las tonalidades son entusiastas: “Se abre la posibilidad de un anuncio bajo el signo de la gracia, de la sorpresa, del descubrimiento gratuito del tesoro de la fe y de la perla del Evangelio” (p. 107). La sensación de un optimismo excesivo, que no se corresponde con los grandes desafíos culturales. Se insiste sobre la fuerza humanizadora del Evangelio, pero ¿para *qué* humanidad?

No se tienen en cuenta las condiciones humanas exigidas por el Evangelio para que pueda resonar la alegre noticia. Es más, a veces, tales condiciones parecerían infravaloradas o indiferentes con respecto a la gracia de la fe, como cuando se afirma que “los cristianos del mañana sentirán su fe como una gracia más con respecto a su itinerario humano” (p. 19). En realidad, la gracia está entreverada con la verdad de nuestra humanidad y, en consecuencia, intrincada con la conversión. No se puede subestimar la conversión. El comprometerse sinceramente, con valor, es necesario para una verdadera comprensión del Evangelio. El libro apuesta sobre el hecho de que el hombre actual puede encontrar o volver a encontrar interés por el Evangelio; quizás su interés está adormecido, pero puede ser despertado. Y sin embargo uno tiene la sensación de que el compromiso sea un poco arriesgado, o pensado sólo como supeditado a la acogida del Evangelio.

Cabe preguntarse, además, si se tiene suficientemente en cuenta el proceso de secularización y la indiferencia frente a la fe y a la Iglesia, que imponen buscar

el diálogo y el encuentro no tanto en interés de la fe, sino sobre el terreno de lo humano. Más allá del mayor o menor interés por el Evangelio, es posible (debe ser posible) una interacción sobre lo humano (que es el terreno de todos), sobre la *cualidad* de lo humano, sobre la *diferencia* entre aquello que es verdaderamente humano y lo que no lo es. ¿No habría que poner de relieve la verdad de lo humano o las huellas de revelación y de redención inscritas en lo humano? ¿No sería necesario reflexionar sobre las condiciones de humanidad al hablar de Dios y del Evangelio? ¿No existe, a veces hoy, un problema de hablar *en vano* de Dios y de Cristo Jesús?

La cuestión de la verdad

La otra línea de profundización corresponde a la *cuestión de la verdad*. El texto sostiene la idea de que la evangelización, más que cuestión de comunicación es cuestión de espiritualidad (“la evangelización no es una cuestión de estrategias comunicativas, sino de espiritualidad” p. 107); y que la cuestión pastoral es, antes que nada, cuestión de gracia. Eso es cierto y ayuda a no enfatizar la perspectiva de las estrategias comunicativas, sin por ello subestimarla.

Pero la cuestión de la gracia se halla vinculada a la cuestión de la verdad. Hay un cierto temor, en algunos ámbitos catequísticos, a volver a proponer esta cuestión que podría prestarse a rigideces doctrinales y a retornos nostálgicos al pasado. No obstante, actualmente, existe una cuestión de la verdad que atraviesa nuestra cultura. Forman parte de esta cuestión: la posibilidad misma de hablar de verdad, la posibilidad y el sentido de una verdad del cristianismo, la necesidad de evidenciar la verdad de lo humano, la necesidad de mostrar la verdad humana (existencial) de la pregunta sobre Dios y de la búsqueda de Dios.

Interrogantes sobre estos temas están presentes en la mentalidad de tantas personas, aun cuando no se llegan a explicitar mucho. Ignorarlos o dejarlos muy de trasfondo, no es sensato. La cuestión de la verdad es esencial al anuncio de Jesucristo; por tanto, debe ser retomada, en ámbito catequístico, sin miedo. Ello debe llevarse a cabo también en relación con el sentido de la Palabra, de la cual la catequesis es el *eco*. Interesante la indicación de Biemmi de pensar la catequesis dentro de la relación entre Escritura y los cuatro pilares

(credo, liturgia, moral, oración) que sirven de contrapunto. “En el centro del anuncio estará siempre el encuentro con las Escrituras, porque la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo. Ellas son el “*cantus firmus*” de la fe. Acompañaremos siempre este canto con el “contrapunto” de los cuatro fundamentos de la catequesis: el Credo, los sacramentos, los mandamientos, la oración. Para que la polifonía de la fe sea plena (p.106) es necesario volver a dar centralidad a la Escritura, pero poniéndola (también según la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*) en relación con el evento de la Palabra. La verdad cristiana, en efecto, pertenece al orden del evento.

EL DIÁLOGO (Salvatore Currò y Enzo Biemmi)

Querido Enzo:

En los días pasados he leído con placer tu libro sobre el segundo anuncio. ¡Felicitaciones! Me ha estimulado mucho a la reflexión. Iba señalando algunas anotaciones mientras leía. Al final he recogido las anotaciones y he añadido alguna reflexión posterior desde mi punto de vista. Te envió esta especie de recensión (aún no sé qué hacer con ella... fundamentalmente la hice para mí). Me daría mucho gusto que me mandes algunas observaciones.

Mientras tanto, un cariñoso saludo y feliz verano.

Salvatore.

Querido Salvador:

Me encuentro de regreso de una prolongada ausencia y he encontrado tu correo. Te agradezco mucho por la atención que has reservado a mi librito, una atención y un esmero de evaluación quizás superior a su valor. El libro me fue solicitado por EDB con vistas al Congreso de Pesaro. Como digo en la introducción va dedicado a los catequistas y a los párrocos y no tiene la pretensión de un tratado sistemático de tipo catequético. No obstante, soy consciente de que no es un texto inocuo, tiene su visión de fondo que refleja mis convicciones profundas y mi sensibilidad no sólo de catequista, sino también de religioso Hermano. Esta condición mía de religioso laical, libre de excеси-

vas preocupaciones institucionales, pero al mismo tiempo marcada por amor eclesial y por el Evangelio, incide mucho sobre mi modo de ver las cosas. Te agradezco por haber captado que bajo la simplicidad del texto se esconde una visión de Dios, de la Iglesia, de la fe, de la cultura...

No pretendo retomar sistemáticamente tus observaciones positivas y tus señalizaciones más críticas. Me limito a devolverte, con agradecimiento, algunas de mis consideraciones.

Has dado perfectamente en el clavo cuando señalas que el objetivo del libro es la atención a las actitudes. El contacto de muchos años con catequistas y párrocos me han hecho apreciar de cerca que las soluciones pastorales han de implantarse sobre un terreno previamente “saneado”, impregnado de esperanza y confianza en el Espíritu y en las personas. Las pretensiones del libro van en esta dirección, para apartarse de lecturas depresivas sobre la situación actual y para habituarnos a mirar hacia adelante más que hacia atrás. Son muchos los que necesitan esta inyección de esperanza.

Esto puede dar la impresión de un excesivo optimismo con respecto a la cultura actual. Soy consciente de lo que dices, o sea que la actual cultura lleva consigo muchos elementos deshumanizadores, sobre los cuales el Evangelio tiene una palabra de juicio y una invitación a la conversión. Tu llamada a la conversión es cuando menos pertinente. Incluso, habría podido existir, y lo había pensado, un capítulo del libro sobre ello. Pero, al mismo tiempo, la llamada a la conversión y a la sensatez son un juicio de salvación y se basan sobre la afirmación de fondo que toda cultura es adecuada para el Evangelio y todo hombre es “capax Dei”. Las lecturas negativas de la actual cultura, presentes también en los documentos del magisterio, que son muy generosas en hacer listados de “ismos” y casi incapaces de destacar los estímulos positivos de la cultura actual para una reformulación del mensaje, dejando ver una Iglesia que no está en la línea del dar-recibir de la *Gaudium et Spes*. Esta actitud de no esperanza, que es muy diferente de una más que necesaria actitud de no optimismo, paraliza el anuncio y sobre todo la acogida. Mi pretensión, sin hacer tratados sistemáticos sobre este tema, fue invitar a fiarse del Espíritu y a apostar por los elementos humanizadores de la actual cultura. En efecto, estoy convencido que, sólo apoyándose sobre la

cultura, el Evangelio podrá salvarla. Queda abierto aquí todo el campo, que tú subrayas y sobre el que eres competente, del diálogo sobre lo humano que constituye el punto de apoyo entre Evangelio y cultura. Sobre esto me encuentras en perfecta sintonía.

Un punto central de tus observaciones hace referencia al enfoque de la sorpresa, con sus límites y con los aspectos que deja al descubierto. Conuerdo con tus observaciones, en particular sobre aquella de que la sorpresa reclama, para dar en el blanco, la disponibilidad de la persona. La reclama, pero no la condiciona. Este es el punto sobre el que he querido insistir. La sorpresa precede a la disponibilidad y en cierto modo la hace posible, aunque no obteniéndola automáticamente. Así pues, la sorpresa es deliberadamente limitada por la respuesta, pero no condicionada por ella. He querido expresar que la comunidad cristiana debe concentrarse sobre el don del Evangelio, que tiene en sí mismo la capacidad de hacer resplandecer su valor, de concentrarse sobre el estupor, el propio, por el don recibido, y esto es decisivo para todos los pasos sucesivos. En este sentido es “una operación espiritual”, la cual luego debe traducirse en un itinerario, en tarea formativa, llamada a la conversión.

Me gustaría un mayor esclarecimiento sobre la cuestión de los “buscadores de Dios”. Personalmente, estoy convencido de que la búsqueda no condiciona la gracia y, que con frecuencia la búsqueda comienza o se profundiza en el encuentro con la gracia. No considero la búsqueda como determinante en la acogida del Evangelio. La disponibilidad, esa sí. La disponibilidad a abrirse y convertirse cuando la gracia ha hecho irrupción en la propia vida. Hay quien busca explícitamente (pocos), quien busca implícitamente (muchos), quien no busca en absoluto (quizás más de los que pensamos). La gracia es para todos y puede sorprender a todos, en su búsqueda o no búsqueda. En cuanto a la disponibilidad (a la libertad que se abre), ella no es competencia del evangelizador, sino en el sentido de que el mismo asume el cuidado de las condiciones para favorecerla. Esa es competencia del Espíritu (derramado sobre todos los corazones y por tanto precede al evangelizador) y de la libertad misteriosa del hombre.

Casi nunca me he ocupado del “cómo”, en particular del cómo formativo que justamente señalas como decisivo: la tarea de actuar para crear la disponibilidad en el corazón de las personas. Esta atención formativa es prácticamente mi principal competencia. Mi precedente libro (*Compagni di viaggio*), aunque también en él sin declaraciones de principio, es un ejemplo de cómo la formación no es otra cosa más que poner por obra las condiciones y quitar los obstáculos para que la gracia pueda actuar en la libertad de las personas. Esta es mi idea de formación y prácticamente tarea de una vida sobre ello y, sobre esto he escrito mucho. Así pues, estoy en plena sintonía contigo sobre tal cuestión. No he querido hablar en este libro, ya sea porque debía ser un libro breve, o bien porque sobre esto he escrito y trabajado tanto. En el fondo soy conocido en Italia y en Europa por mi atención a la formación y por los experimentos formativos que hace años llevo realizando. He contribuido a introducir en la catequesis italiana un modelo formativo de acompañamiento, de interés por crear las condiciones del actuar de la gracia y de la apertura disponible de la libertad humana. Voluntariamente, he querido alejarme de todo modelo formativo que se limite a transmitir o se agote en el animador.

Presto mucha atención a la cuestión de la verdad. También sobre ello he escrito. Todo mi afán actual por conjugar la Escritura y los cuatro fundamentos de la catequesis, y en consecuencia también conjugar los catecismos CEI con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, sin dejar este último a disposición de un uso estrictamente doctrinal o tradicionalista, es en este momento prioritario. La experiencia que estoy sacando adelante con un equipo de 20 personas y que realiza en Siusi cada año una semana de síntesis y experimentación, ocupa una parte importante de mis energías. Como tú dices, la verdad cristiana es del orden el evento. Sobre esto, me parece que el libro no ha evadido el tema, antes bien lo ha abordado sistemáticamente. En mi formulación, las tres dimensiones de la fe como acto (confianza), contenido (dimensión verídica), actitud (conversión) son inseparables. Se honra la verdad sólo si mantienen juntas las tres: el “affectus fidei”, el “intellectus fidei” y la disponibilidad de cambiar la propia vida según las exigencias del Evangelio. La reducción de la fe a uno de estos aspectos (emociones, nociones, moral) constituye su muerte. Y la reducción de la verdad al saber, mata la verdad. Sobre esto pienso que estamos de acuerdo.

He aquí, querido Salvatore, algunos de mis pensamientos que tu escrito me lleva a formular. Me alegro de este intercambio, y espero que existan otras ocasiones para llevarlo adelante. Te renuevo mi agradecimiento por las atenciones que tienes con relación a mi escrito.

Te saludo fraternalmente.

Enzo.

Querido Enzo:

Gracias por tu respuesta y por este diálogo entre nosotros. Me siento en sintonía con muchas de tus preocupaciones. Comparto, por ej. la perspectiva de la esperanza, así como la necesidad de apostar por los elementos humanizadores de la cultura actual, que no significa ser ingenuos ante los problemas. Es importante, además, mantener viva, en la evangelización, dinámicas de reciprocidad, de verdadero diálogo, de dar-tener, siguiendo la estela de la *Gaudium et Spes*.

Comparto también el poner en el centro el evento (la gracia) y la disponibilidad del corazón, con respecto a dimensiones más intelectuales, como la búsqueda, sin que ello signifique una devaluación del esfuerzo de comprensión. Me parece, además, muy importante el esfuerzo que estás haciendo por dar centralidad a la Escritura, articulando con ella los cuatro fundamentos de la catequesis.

Siento que algunas de mis inquietudes no son alternativas sino complementarias con las tuyas. Proceden de la percepción, que siento muy fuerte, de que el desafío actual para la Iglesia se sitúa sobre un plano radical, no solo sobre el plano de las actitudes y de las condiciones pastorales. El campo del diálogo (o de la posibilidad del diálogo), se desplaza, a mi parecer sobre lo humano y sobre la verdad; la cuestión de hacer encontrarse con el Evangelio es reconducida a la capacidad del Evangelio de inspirar una verdadera humanidad. Me parece, también, que es necesario aprender a reconocer en lo humano las huellas de la presencia de Dios y de la redención de Jesucristo,

que en cambio la mayoría de las veces parecen, en nuestra catequesis, como superestructuras respecto a lo humano, por ejemplo, cuando uno se enreda en la preocupación por articular fe y vida. De lo que se trata es de abrir los ojos y el corazón sobre la verdad de la vida y estar disponibles con todos sus recursos; este es un desafío para todos, creyentes y no creyentes. Si nos sentimos en camino con todos, si sentimos, con todos, el don y la llamada que se esconden en la trama de la vida, el Evangelio y las riquezas de la Iglesia aparecen siempre más, para nosotros y para los otros, como recursos de vida verdadera.

Para una profundización de estas pistas, me parece importante que la reflexión catequística se mida con una profunda reflexión teológica sobre el sentido de la Revelación (me parecen muy interesantes, en este sentido, algunas perspectivas de la *Verbum Domini*) y con una reflexión antropológica (filosófica y teológica) que ponga de relieve una comprensión de lo humano en términos de don, llamada, vocación, relación con el otro..., liberándonos cada vez más de las categorías antropológicas actualmente predominantes como por ejemplo la búsqueda, el proyecto, la libertad, la necesidad de autenticidad.

Estas últimas categorías, cuando se convierten en categorías centrales de comprensión de lo humano (y así sucede en tanta catequesis y pastoral de hoy) contradicen el verdadero sentido de lo humano y el sentido verdadero de la Revelación cristiana. Me parece que, a veces, la pastoral se ve obstaculizada por una dinámica desautorización de la fe, justamente mientras la propone, justo porque el horizonte carece de humanidad y de sentido de la Revelación.

El tema de la sorpresa, que tanto te gusta, me hace pensar. Me parece que la primera atención se deba poner sobre el “ya” más bien que sobre el “todavía no”. Estamos llamados a dejarnos sorprender (a abrir los ojos) ante todo por el “ya” del don que impregna la vida y nuestro mismo existir: somos un don para nosotros mismos, vivimos de don (de gracia). Me parece que, actualmente, existe una gran necesidad de reconciliarnos con ese “ya”; en otras palabras, de reconocernos amados y criaturas. El Evangelio, que es el “todavía no” para tantos

de nuestros contemporáneos (pero que, en cierto sentido, debe serlo para nosotros cristianos), irradia su sentido (de gracia) a partir de este reconocimiento del “ya”. Este reconocimiento (o esta sorpresa, como tú dices) no es, de hecho, fácil: es difícil dejarse amar, es difícil sentirse en deuda.

Con todo, este es el campo de un verdadero proyecto de vida, y es este el terreno en el que el mensaje de Cristo puede significar por lo que es. El Evangelio nos sorprende mientras nos encontramos ya sobre un rastro de Revelación y de Redención.

Estas mis reflexiones, así como también aquellas ampliaciones de horizonte que proponía en la recensión, han brotado, en efecto, a partir de tu libro que justamente, más allá de la sencillez y serenidad de la exposición, plantea grandes interrogantes sobre los cuales es bueno que continúe la reflexión. En dicha reflexión, la atención sobre las condiciones y los procesos formativos se integra con una atención al sentido (humano y de Revelación) del Evangelio y de la gracia cristiana, se combina también con la perspectiva más atenta a la observación-interpretación de las realidades pastorales o de las experimentaciones y la perspectiva más teórica. Me parece que el momento actual requiere, al mismo tiempo, un impulso más fuerte y valor de interpretación y una reanudación de la reflexión teórica sobre los grandes temas de la fe. Todo ello no podrá llegar a realizarse si no es con el diálogo, con la interacción e integración de las diversas perspectivas, en un gran esfuerzo de inter- y trans- disciplinariedad: y quizás, antes que nada, en descubrir que el diálogo y el encuentro son grandes signos, hoy, a todos los niveles, de testimonio cristiano.

Un cariñoso saludo y hasta pronto.

Salvatore.

Querido Salvatore:

Te agradezco mucho tu mensaje. Estoy profundamente de acuerdo con lo que dices en esta segunda charla, concuerda con mi sensibilidad, me hace pensar. En particular tu reflexión sobre el “ya” me parece decisiva. La gracia del Dios de Jesucristo actúa ya en el corazón de todas las personas, de todas las culturas, de todas las creencias, de todas las filosofías y saberes. Cuando Felipe, en el episodio paradigmático del capítulo 8 de los Hechos, sube al carro del eunuco, se topa con este “ya” y reconociendo ese ya que lo ha precedido (el mismo Espíritu que lo ha impulsado a subir al carro) conduce al eunuco a reconocerlo a su vez en el contacto con las Escrituras. Yo pienso que la evangelización es fundamentalmente esta operación de reconocimiento, de develamiento y de revelación. Nosotros no podremos anunciar al Señor Jesús si Él no nos hubiese ya precedido, por medio de su Espíritu, en el corazón de las personas.

Así pues, la sorpresa es doble: y antes que nada para el evangelizador que reconoce haberse visto precedido; y para el destinatario del anuncio, que se descubre habitado por una Presencia (“desvelamiento”), gracias al testimonio del evangelizador, y al don de las Escrituras (“revelación”). En esta correlación de reconocimiento-revelación-desvelamiento tiene lugar el milagro de una evangelización mutua: la Iglesia, encontrando al hombre en su caminar y anunciando al Señor Jesús, es a su vez evangelizada por la palabra del Evangelio desde hace tiempo escrita para ella en el corazón de las personas con las que se encuentra. Esto, querido Salvatore, me parece el verdadero motivo por el que debemos sentirnos felices del tiempo en que vivimos. Si se acaba el tiempo del cristianismo sociológico y se inicia el tiempo del cristianismo de la gracia y de la libertad, entonces es un buen tiempo para la Iglesia, entonces, verdaderamente, esta cultura es una gran oportunidad para recomenzar para una comunidad eclesial que da señales de rutina y de cansancio.

Gracias por todo.

Hermano Enzo.

